

Melvin Méndez y Vinicio Rojas; pero también, contando con las búsquedas muy interesantes y enriquecedoras de directores extranjeros, como Júver Salcedo, Amanecer Dotta, Héctor Vidal y Santiago García, que aportan, no sólo a la Compañía Nacional de Teatro sino al movimiento teatral costarricense, nuevas visiones sobre el que-hacer teatral.

Y finalmente, porque intentamos consolidar un equipo teatral. No es fácil montar obras para sala y gira, manteniendo ambos en actividad a veces simultánea (gracias a nuestros convenios con grupos independientes como *La Máscara*, *Las cuatrufías* o *Teatro Espacio*), con un director técnico, un chofer, un administrador de sala y cinco técnicos.

Del equipo actoral, han surgido dos interesantes programas paralelos: *Siempre juglares*, con dos años de emisiones semanales ininterrumpidas en Radio Universidad de Costa Rica, en donde enfrentamos diversos aspectos de la problemática teatral; y *Lunes teatrales*, ciclos de encuentros con el público, mesas redondas, espectáculos y debates, que a partir del estreno del *Diálogo del rebusque*, se convertirá en *Sábados teatrales*.

No somos, sin duda, una compañía de teatro con un elenco numeroso, ni con muchos actores de peso. Somos en este momento, un equipo teatral con políticas comunes y coherentes, de actores jóvenes, que estamos buscando un lenguaje escénico más acorde con nuestro público y más estético; descentralizando la actividad teatral hacia el interior del país.

PRESENTACION DE FRANCISCO GARZON CESPEDES EN LA SALA VARGAS CALVO CON UNA LECTURA INTERPRETADA DE SUS OBRAS: "LOS TRAPEICISTAS FEOS" Y "MASCARAS PARA DOS DESCONOCIDOS"

Francisco Garzón Céspedes es un hombre de teatro en el más extenso sentido de la palabra. Pero además de ser excelente dramaturgo, es un inquietante director y teatrista, famoso en Cuba y fuera de ella. Francisco Garzón, con su palabra de poeta sabe hermanar a las gentes y a los pueblos por donde pasa porque es poseedor de un espíritu justo, de una visión que responde al más noble de los pensamientos de ahora y siempre: es la de que el hombre puede ser solidario aun cuando el camino a la verdad pueda separarlo.

El lunes pasado, el público costarricense comenzó a conocer una de sus extraordinarias facetas: la del cuentero. En el Teatro Nacional, una numerosa concurrencia escuchó embelesada sus relatos, y la magia de la olvidada poesía narrada encendió la imaginación de los oyentes. Allí se crearon personajes, situaciones. Por momentos nos trasladamos a su país, o a la inversa, y al final salimos entusiasmados porque el aplauso fue un puente de bella humanidad.

Esta noche conoceremos a Garzón dramaturgo. Vamos a escuchar una lectura interpretada de sus obras: "LOS TRAPEICISTAS FEOS" y "MASCARAS PARA DOS DESCONOCIDOS" que forman parte de un conjunto de obras que él llama "PALABRAS CONTRA EL SILENCIO". Tuve el privilegio de escuchar la lectura de estas obras por su autor y no sólo me llamó la atención, sino que me entusiasmó, el hecho de que Garzón escribiera un teatro que pudiéramos llamar intimista, donde la relación de pareja es la base del conflicto dramático, donde la soledad, la necesidad de comprensión y reciprocidad de sentimientos son las cartas que se juegan y se esconden a la vez. Además está la eficiente utilización del lenguaje engarzando subtextos que adivinan esperanzas y desgarres en esa lucha cotidiana de buscarnos y darnos la mano sin muchas opciones o segundas oportunidades. Garzón juglar es también conocedor de almas; sabe discernir el mundo de dos que se construye y se defiende a cada minuto. Es maestro, sin duda alguna, de interioridades; de lealtades y traiciones, libertad y posesión en el amor, pero más que todo de la necesidad fundamental de que alguien vele nuestro sueño. Garzón reconoce las sombras con mirada transparente y aun cuando la ironía pudiera ribetear el conflicto, no por ello deja de extender su mano.

¿Y por qué no habría Garzón de escribir sobre el hombre de esta íntima dimensión? ¿Acaso no es el ser humano su principal preocupación? ¿Acaso no es también juglar del optimismo y la alegría? Pero también lo es de la compasión.

DANIEL GALLEGOS

Los trapeceistas feos

Máscaras para dos desconocidos

Palabras contra el silencio por su tema, circunstancias, atmósfera y propósitos, constituye una unidad formada por las obras en un acto: *Los trapeceistas feos* y *Máscaras para dos desconocidos*. Estas obras es posible representarlas por separado, pero recomiendo especialmente, a raíz de las experiencias que he realizado con un sistema modular en el que trabajo desde hace algunos años, la puesta en escena de ambas para una misma función, como si fueran dos actos o posibilidades en que se manifiesta la muerte, la inseguridad, el egoísmo, el azar, pero sobre todo la voluntad de comunicación y solidaridad entre los seres humanos. Al partir de una concepción modular, no sólo las dos obras pueden ser montadas con los dos mismos actores para una misma función, sino que, aun mejor, se puede establecer que en cada obra los dos personajes sean interpretados por cuatro actores en un novedoso juego escénico de sustitución, que conformado primero en cuatro variantes de pareja, cada una de las cuales asumiría toda la representación, permitiría en una segunda e inmediata etapa de montaje el experimentar numerosas variaciones o modulaciones —según el orden y momento del relevo escénico— ya con los cuatro actores sustituyéndose en las unidades, de principio a fin y en las dos obras, al representarlas juntas.

LOS TRAPECEISTAS FEOS

Personajes:

EL. (Joven. Feo. Viste comúnmente.)

ELLA. (Joven. Fea. Viste bata blanca, de las que se usa en los hospitales, sobre blusa y falda sencillas.)

Epoca actual. Todo transcurre durante una hora.

Es el final de la tarde en la sala de espera del consultorio de un médico especialista. La sala es amplia. Allí se encuentran varios sillones para los pacientes que aguardan su turno. En un ángulo está montada una exposición con recomendaciones profilácticas: carteles, instrumental de medicina, un sillón de ruedas, y dos maniqués, desmontables, son de los que se construyen con fines didácticos. La sala tiene dos puertas: una al consultorio y la otra a un pasillo, cerradas. Una larga cuerda separa la exposición, de los sillones. Toda la proyección de los personajes: tonos de la voz, gestos, movimientos y otros, dependerán fundamentalmente de lo que dicen; asimismo todos los elementos de la exposición podrán ser utilizados realista y/o simbólicamente por los personajes para expresarse, de acuerdo a las posibilidades de asociación y de imágenes que permitan los diálogos, lo que acontece o se recuerda.

Si el montaje siguiera una línea experimental, podrían combinarse elementos escenográficos que sugieran una mezcla del interior de una carpa de circo con el de un quirófano.

Ella está sola, inmóvil, tenso. Ella entra por la puerta que da al pasillo. El casi no la deja avanzar, se incorpora de inmediato y la intercepta.

EL.

¡Enfermera! ¿Podría decirle mi nombre al doctor y recordarle que estoy citado?

ELLA.

Yo no...

EL.

Me citó para las cuatro y ya son...

ELLA.

No trabajo en este hospital, sino en otro. No soy enfermera, sino fisioterapeuta del Hospital Ortopédico. Y no puedo entrar sin que me avisen, porque vengo como usted a consulta.

EL.

Es que...

ELLA.

Es que los pacientes siempre son impacientes. Y ninguno desea ser el último.

EL.

No, si yo estoy acostumbrado. ¡Soy el último en todo! Si espero el autobús, al subir me toca el asiento del fondo, justo encima del motor. De existir el infierno, ese asiento es una antesala. Uno se baja y está cocido. Un huevo listo para soltar la cáscara y servir como alimento. Y si decido ir al teatro, queda la última luneta. Un estímulo para la imaginación, porque más que ver y oír a los actores, lo que logro es imaginarlos. Y si necesito ir al supermercado, y hago la cola, disciplinadamente, la cola se desorganiza, quedo de último y no alcanzo ni el jamón con caramelo ni el queso fundido de cebolla. Y si por casualidad me cita el...

ELLA.

"... doctor, es el último turno de la tarde". Estoy convencida que no protesta con el chofer del autobús, que no dice una palabra de queja a la taquillera del teatro; y que, incluso, acepta como algo previsto la desorganización de la cola en el supermercado. ¡Ah, pero en el consultorio es obligado protestar!

EL.

En mi profesión no se hace esperar al público.

ELLA.

¿No?

EL.

¡No!

ELLA.

¿Nunca?

EL.

¡Se es exacto! ¡El respeto al público es esencial!

ELLA.

¿Quién lo niega? No sé cuál es su profesión. En un hospital es imposible predecir cuánto tiempo ocupará cada paciente. Cuáles serán sus necesidades, sus dudas, sus... temores. Un médico, una enfermera, un técnico, deben ser puntuales a primera hora de su turno. Pero si una operación se complica, los pacientes citados al consultorio deberán aguardar sin molestarse por ello. ¿O sería imprescindible detener la operación, dejar al que se opera con la herida abierta para proseguir, ¡cuándo! con tal que los citados para consulta no esperen?

EL.

¿Y no sería más adecuado citar para consulta los días que el doctor no opera? ¿O es que por aquello de la denominación "pacientes" hay que tener paciencia en situaciones en que uno no es dueño de su impaciencia?

ELLA.

Oiga, lo que es más simple, cuando el médico o la enfermera son detenidos en el camino hacia el consultorio justo por un paciente o un familiar ansioso de indagar, de precisar, ¿deben ser groseros, o lo que es peor, indiferentes, y no oír las preguntas, porque en el consultorio esperan?

EL.

Usted pone en mi boca lo que yo no...

ELLA.

Lo que no pueden hacer el médico o la enfermera luego, en la consulta, porque se les hace tarde a ellos, es tratar a los últimos enfermos superficialmente o con apuro.

EL.

Como a veces ocurre, ¿no?

ELLA.

Ahí es donde el paciente tiene que protestar. Debe hacerlo por él y por el próximo. Alguna responsabilidad debe asumir el paciente. ¿Por qué no la de exigir el cumplimiento de las normas médicas? ¿O eso no es tarea de todos?

EL. No voy a discutir. No tengo fuerzas. Y usted hasta tiene razón. (Pausa). Hablé demasiado del autobús y del teatro y del jamón con caramelo, y la irrité. La obligué a hablar y usted probablemente prefiere el silencio. Así es cuando uno está enfermo, lo molesta cualquier...

ELLA. ¡Yo no estoy enferma! (Pausa) Vine a recoger los resultados de unas investigaciones que... le hicieron a una amiga. Ella no tuvo valor para...

EL. ¿Está muy enferma su amiga?

ELLA. Sí.

EL. ¿Comprobado?

ELLA. Comprobado.

EL. ¿Ella está al tanto?

ELLA. Sí.

EL. ¿Y estas investigaciones...?

ELLA. ¡Dígame!, ¿tantas preguntas son por curiosidad o lleva a cabo una encuesta?

EL. Perdona.

ELLA. No debió preguntar.

EL. Comprendo.

ELLA. No nos conocemos.

EL. No es tan difícil conocerse.

ELLA. No conoce a mi amiga. ¿Qué le importa?

EL. Me importa. Por solidaridad humana.

ELLA. ¿Solidaridad o retorcido meter la nariz?

EL. Quizás... solidaridad de enfermo a enfermo.

ELLA. ¿Usted? ¿Tan joven?

EL. Yo, tan joven.

ELLA. Ni me pregunté que hacía usted aquí...

EL. ¿Su amiga tiene más o menos la edad de usted?

ELLA. Sí.

EL. ¡Usted es joven! ¡Su amiga también y está muy enferma! ¿Por qué yo no?

ELLA. No sé... lo veo tan saludable, tan lleno de...

EL. ... vida.

ELLA. Pues sí, una trabaja en un hospital... Eso se nota: ¡Usted está lleno de vida!

EL. Lo dice el refrán: "Las apariencias engañan" (Pausa) ¡La envidia!

ELLA. ¿Me envidia? ¿Qué puede envidiarme? ¡No soy envidiable!

EL. Es un sentimiento mezquino. Desearía no habérmelo descubierto. Nunca había envidiado a alguien. Envidiado a fondo. ¡Acabo de descubrirme envidiando su salud, su situación! (Pausa). Hoy, en la consulta, trataré de averiguar cuánto tiempo me... (Pausa). Usted viene a saber los resultados de las investigaciones

hechas a una amiga, ¡pero usted, usted está sana, no tiene por qué temer, va a vivir!

ELLA. A vivir...

EL. ¡Sí, va a vivir! Y tal vez ni siquiera conoce lo que eso significa. Lo incalculablemente valiosa que es la vida. (Pausa). Esta mañana me levanté muy temprano, fui al balcón y miré y miré toda la bahía. El mar y los barcos, los muelles y hasta las gaviotas reflejaban una luz naranja. Me he perdido no sé cuántos amaneceres... ahora los quiero ver todos. Allí, en el balcón, la luz de la bahía se me apagó en los ojos cuando, de pronto, recordé que por estos días había fallecido una de mis tías abuelas; y casi de inmediato una de sus primas hermanas. Me di cuenta que moriré con la generación de mis tíos abuelos... Sólo cuando uno va a morir joven, sin haber realizado todos los... sueños, uno estima hasta que punto la vida...

ELLA. ¡La vida! Parece usted acaparar o intuir tanto de la vida, que no debe restar algo de sabiduría de vida para los demás. (Pausa). Pero sí, en algo tiene razón, las situaciones extremas nos hacen valorar hasta lo más pequeño. Y lo que ayer era insignificante, a ratos molesto, frente a la cercanía de la muerte se vuelve necesario o fabuloso o indispensable o... excepcional. (Pausa). Mi abuela materna, cuando supo que iba a morir, levantó los ojos y dijo: No debieran pintar el techo... porque esa mancha en las tablas... ¿será una siempreviva gigantesca? ¿Una siempreviva gigantesca que me despide? (Pausa). Mi abuela fue así, insólita. Hasta que cayó en cama, peleaba todos los días porque cuando pintaron las paredes, no le habían pintado a su cuarto las tablas del techo. A la espera de la muerte, horas y horas tendida sobre la cama, sin poder caminar, levantarse, casi sin poder moverse, mi abuela se reconcilió con las manchas del techo; porque las manchas le resultaron más sugerentes que si todas las tablas hubieran estado pintadas, parejas. Y mi abuela, un ser que amaba las siemprevivas y los girasoles y las gaviotas, en su enfermedad pobló el techo de plantas que florecían y aves serenas, de vuelo detenido y definitivo, que la acompañaban. (Pausa). ¡La vida...!

EL. ¡La vida, sí! ¡Uno se aferra rabiosa, desesperadamente a la vida!

ELLA. ¿Y por qué no?

EL. ¡No al precio de desear la muerte de otro! (Pausa). ¡Qué sentimiento tan miserable!: ¡He deseado estar en su situación y que usted estuviera en la mía! Que fuera usted y no yo quien... ¡Claro, no la conozco, no significa algo para mí! (Pausa). ¡Pero es un ser humano!

ELLA. Normal.

EL. ¿Cómo?

ELLA. ¡Es normal!

ELLA. Todavía ninguno somos tan perfectos, ni tan buenos como debiéramos o como... desearíamos.

EL. Usted es generoso conmigo.

ELLA. Otros han sido generosos conmigo. ¡Tanto! (Pausa). Recuerdo... recuerdo una vez, al cruzar la calle. Algo tan sencillo como cruzar una calle...

EL. Siga, por favor, siga... necesito oírlo. Me siento tan poca cosa.

ELLA. Yo era adolescente y caminaba con una amiga hacia el liceo...

EL. ¿La amiga de estas investigaciones?

ELLA. No, no. No. Otra. Ibamos las dos apuradas y entretenidas. Hablábamos de... ¡Qué sé yo de qué hablábamos! No reparamos en el carro hasta que lo tuvimos encima. Cruzábamos una junto a la otra. Juntas nos sentábamos en el aula. Juntas a la hora de lo

recesos. Juntas nos dejábamos acompañar de vuelta a casa por los muchachos. ¡Ella era muy hermosa! Juntas compartíamos en las fiestas y en los paseos. Juntas proyectábamos el futuro. ¡No hubo futuro juntas! Yo vi "primero" el carro, era yo la que quedaba de ese lado, era yo la que recibiría "primero" el impacto. ¡No fue así! Yo retrocedí ágilmente. Yo no atiné a halar a mi amiga. Yo le solté el brazo. ¡Yo salté hacia atrás! ¡Y el carro lanzó a mi amiga por los aires! (Pausa). Quedó inválida. Toda su hermosura inválida. Luego... sentada en el sillón de ruedas, con una sonrisa que sacó de no sé dónde, mi amiga me dijo: "No te angusties. No te angusties más. Es la vida. No te sientas culpable. De estar en tu sitio, yo hubiera reaccionado igual"

EL.
No es cierto.

ELLA.
Desgraciadamente es cierto.

EL.
Acaba de inventarlo para mí. Por generosidad. O lo exageró. Para que yo no me sintiera tan...

ELLA.
¡Míreme! A los ojos. ¿No está dentro esa historia?

EL.
¿Son...? ¿Son amigas aún?

ELLA.
¿Fui yo su amiga alguna vez? (Pausa). ¿Cómo decirle? No nos vemos nunca. Una que otra llamada telefónica.

EL.
¿Usted la desamparó?

ELLA.
No comprende. No se trata de eso. Ella tenía sus padres, sus hermanos, e incluso, ya hasta tiene su propia familia, esposo, hijos. (Pausa). Los años han pasado. Creo que ahora a ella le resultaría insoportable verme caminar...

EL.
¿Solamente lo cree o ella le ha dado pruebas?

ELLA.
¡Y yo no soportaría ver su invalidez! (Pausa). Por estos días, después de un largo tiempo, me llamó por teléfono. (Pausa). ¿Por qué me llamó? Su pregunta acerca de la dirección de un amigo, uno de aquella época del accidente, me sonó a falso. Como un pretexto.

EL.
¿Pretexto para qué?

ELLA.
Había una nota de lástima y de triunfo en su voz...

EL.
¿Lástima? ¿Triunfo? ¿Cómo se puede sonar triunfal desde un sillón de ruedas?

ELLA.
¡Estoy siendo injusta! ¡No me haga caso!

EL.
¡No se quede nunca a medias con la verdad!

ELLA.
Pensé, pensé que ella tenía lástima de mí y que a la vez experimentaba una secreta, una inconfesada satisfacción... de vencedora.

EL.
No entiendo. (Pausa). Es decir que... usted pensó que como su mejor amiga de la actualidad va a morir; ella, que fue su mejor amiga en el pasado, de alguna manera podía compadecerla y... alegrarse. ¿Y por qué? ¿Por su soledad?

ELLA.
Eso. Eso. Por mi soledad. No tengo familia.

EL.
¿Ninguna?

ELLA.
Algunos parientes en otra provincia, a los que casi no conozco.

EL.
¿Y sus abuelos? ¿Sus padres? ¿Sus...?

ELLA.
Mis abuelos murieron aquí. Eran bien amorosos de esta tierra, mis abuelos. (Pausa). Mis padres se marcharon con mi hermano. También la única tía existente, se fue con ellos. Yo me negué a acompañarlos, a abandonar el país.

EL.
Yo, en esta ciudad, también estoy solo. En la actualidad mi fami-

lia vive en el otro extremo del país. Mis padres se fueron tras mi hermana a una zona en desarrollo, al concluir ella la carrera universitaria. (Pausa). Pero, ¿por qué va a pensar que su amiga puede alegrarse de que se acentúe la soledad de usted?

ELLA.
Pura maldad... mía. Modo de sentirme menos culpable. No me basta con haberla dejado inválida, sino que además le supongo retorcimientos. ¡Se da cuenta, cómo soy!

EL.
Quizás ella sí, quizás ella no. Para qué analizarlo si no sabremos la verdad. De cualquier forma, en algo estamos de acuerdo: usted no tiene derecho a suponerle retorcimientos. Pero hay otro aspecto: ¡Usted no la dejó inválida! ¡No fue usted quien la dejó inválida!

ELLA.
¡Puede impedirlo!

EL.
No es lo mismo. Y tampoco necesariamente pudo impedirlo.

ELLA.
¡Soy responsable! ¡Y asumir que soy responsable es la única garantía de que no me vuelva a ocurrir! ¡Si la vida...! ¡No, no habrá tiempo...! Si casualmente, improbablemente, ocurriera de nuevo, con otra persona, tendríamos que salvarnos los dos o... salvarse ella.

EL.
Sí. Usted no soportaría creer que ha vuelto a fallar.

ELLA.
A partir de ese accidente todo cambió.

EL.
¿Qué cambió? ¿Cambió usted?

ELLA.
La adolescencia se me fue de golpe. Desapareció de un día para otro. ¡Fallé, me decía! ¡Yo he fallado, me decía a mí misma! Cerraba los ojos y veía un sillón de ruedas columpiándose en un trapecio.

EL.
La vida es un trapecio. (Pausa). Y prefiero ser participante que espectador. ¿Quién no ha fallado?

ELLA.
¿Y de qué consuelo me sirven los errores de los demás? Son mis errores los que me pesan encima. Como plomo. Como plomo sobre las alas. Como plomo sobre las alas de una gaviota.

EL.
Sin embargo, los errores de los demás sí nos sirven. Sería espantosa nuestra soledad si fuéramos los únicos defectuosos. Podemos aprender de nuestros errores, e igual podemos aprender de los errores de los otros.

ELLA.
Palabras para consolarme. (Pausa). ¿Usted ha aprendido de sus errores o de los errores de los otros? Usted dijo el primer refrán, pues ahí va el segundo: "Nadie escarmienta por cabeza ajena"

EL.
Yo...

ELLA.
¿Usted qué? Le repito mi pregunta: ¿Usted ha aprendido de sus errores o de los errores de los otros? ¿El error que más ha marcado su vida, fue de otro y le sirvió de ejemplo? ¿O fue suyo?

EL.
¿Mío? ¡No! Fue de otro... El se confió... ¡Se confió!

ELLA.
¿Qué sucedió?

EL.
¿Nunca ha anhelado ser trapecista?

ELLA.
Temo ser centro de la atención. Temo las luces y los destellos de las aureolas de los artistas.

EL.
¿El temor a las aureolas es lo que le ha impedido ser santa?

ELLA.
¿Santa? ¡Oh, se burla de mí! (Pausa). Digamos que el temor a las nubes. Siempre que llueve temo que descieran de golpe los condenados al infierno o algún alma del paraíso. Y no sé qué me asusta más. Como espejo. la pureza debe ser aterradora.

EL.
Había pensado que carecía de sentido del humor

ELLA. Como todos los hombres, apresurado en sus juicios. (Pausa). Algo queda.

EL. ¿De pureza?

ELLA. De humor. Y quizás... hasta de pureza.

EL. Usted habló de su abuela. Yo tenía un abuelo, de origen campesino, que decía que la pureza de mi abuela consistía en que se había ido con él, a escondidas y sin casarse, antes que el hijo del dueño de la hacienda la poseyera a escondidas, sin casarse, a la fuerza y sin amor. (Pausa). En esto de la pureza, sin duda alguna, hemos avanzado, pero por un largo, largo tiempo, la pureza absoluta sólo será posible en los laboratorios.

ELLA. O en los niños...

EL. ...dentro del laboratorio humano que es la madre.

ELLA. Usted también tiene humor.

EL. Casi no queda. (Pausa). Volvamos a la pureza absoluta. Claro, sí, allí está, en los niños pequeños, para decirnos que es posible. Y algún día, todos los seres humanos... ¿Por qué no? Pero por ahora la pureza debe constituir más la meta de lo que nos falta, que la complacencia con lo que poseemos.

ELLA. Que exista como meta es extraordinario.

EL. Lo afirmo.

ELLA. Y que algo vibre en nosotros de los pequeños niños que fuimos, también.

EL. En el umbral de la muerte, el niño que uno fue parece tan lejano.

ELLA. ¡Hablemos de trapecios! En serio. (Pausa). Porque sí, los trapecios han contado en mi vida. (Pausa). ¿Cuándo se enamoró del trapecio?

EL. ¡Porque se se enamoró!

EL. ¡Me enamoré! Desde niño. Fue un enamoramiento repentino. Desde la primera vez que asistí a una función de un circo ambulante, no me importaron ni el mago ni los payasos, ni los domadores ni los malabaristas. Tuve ojos exclusivamente para el trapecio. Ojos exclusivamente para aquella mujer y aquellos dos hombres como flechas. Y ojos para la tabla desnuda del trapecio que simulaba aguardarme. Los trapecistas me parecían nubes, nubes que flotaban veloces no a merced del viento, sino dominándolo. Desde esa ocasión, esperé los circos para hablar con los trapecistas, para verlos como relámpagos de las alturas, para observar y preguntar y penetrar los secretos del trapecio. En nuestro país un muchacho humilde puede alcanzar sus sueños. Así que crecía, y fui a la escuela donde se forman los artistas de circo. Fui por encima de la oposición familiar y sin importarme las burlas de mis amigos del barrio.

ELLA. ¿Y?

EL. ¡Y me hice trapecista!

ELLA. ¿Es trapecista? ¿De veras es trapecista?

EL. No lo parezco. Lo sé, lo sé, no se disculpe. No soy buen mozo como los trapecistas. ¡Siempre lo supe! Desde que me enamoré del trapecio supe que nunca tendría la arrogancia esperada por el público. Fui un niño poco elegante. (Pausa). Por eso también me propuse ser el mejor trapecista, para que cuando estuviera sobre el trapecio; para que cuando los reflectores me iluminaran de pie en el trapecio, el público se olvidara de la lamentable figura que un momento antes había contemplado de cerca al desfilar por la pista.

ELLA. Yo no...

Yo, yo sé que es involuntario. Me pasa con todos. Imagínese que cuando me presenté para estudiar el trapecio; sí, para hacer las pruebas de selección, la mirada de los profesores que examinaban fue muy elocuente. Sus ojos decían: ¿Y este renacuajo pretende ser trapecista? Pero yo enfrenté esas miradas y ellos tuvieron que desviar la vista y permitirme realizar las pruebas. Claro, desde el inicio yo sabía lo que me esperaba, y de tanto perseguir los circos, y de tanto agobiar a los trapecistas, había hecho amigos que me entrenaron para el examen de admisión. Figúrese que al arribo de cada circo, cuando aún la carpa no estaba montada, ya yo estaba allí clavando estacas y aferrado a las cuerdas para ayudar a tensar las lonas. Y cuando el primer trapecista llegaba para ensayar, ya yo había entrado a escondidas y, estaba de guardia al lado de la escala.

ELLA. ¡Así que lo logró!

EL. ¡Lo logré! (Pausa). No sé si para bien o para mal.

ELLA. Usted al menos se aferró fuerte a su anhelo y lo convirtió en realidad. Porque para mí la Fisioterapia no ha sido la culminación de un sueño, sino el responder a un compromiso: El de devolver a otros la movilidad que le arrebaté a mi amiga. (Pausa). Al principio, en cada persona a la que enseñaba cómo volver a usar sus miembros, veía el rostro de mi amiga. Era como si la contemplara a ella alzarse del sillón de ruedas y echar a andar. Libre ella, libre yo. (Pausa). Con la Fisioterapia me pasó lo contrario que poseyendo yo tan poco encanto personal me dedicara a servir a los demás. Es una de las profesiones que la gente destina a los feos. (Pausa). No, no piense que me disgusta esta profesión. La amo. De otra manera. Sólo que no es la cumbre de los sueños, no es lo que le pedí a las hadas, aunque tampoco siento que me la designaron las brujas. (Pausa). Y hablando de los sueños, yo también soñé tanto con los trapecistas, que nunca creí que hablaría con alguno. (Pausa). Me iba a contar cómo aprendió del error de otro trapecista. ¡Me interesa! Confieso que tenemos una pasión común. Yo, como usted, me enamoré del trapecio. Fue mi pasión de los quince años. Me parecía que si me lanzaba de un trapecio, que si desafiaba el aire a la búsqueda de otra madera a la cual asirme, que si era capaz, nunca volvería a sentir miedo, ni a cosa alguna de la vida, ni a... la muerte.

EL. ¡Usted también! ¡Usted también experimentó eso! Esa sensación... Yo creí que únicamente yo. ¡Qué tonto! ¡Alguien más tenía que sentirse así en relación a los trapecios! Más allá de la muerte. O lo que es más preciso: ¡Más allá del temor a la vida y del temor a la muerte!

ELLA. ¡Por supuesto! ¡Es probarse uno mismo! ¡Probar su propia valentía! ¡Y es más! ¡Es probar la confianza en el otro! En el ser humano todo a través de la confianza en el compañero de trapecio. En el otro trapecista que lo sujetará, ¡seguro que lo sujetará! Que no lo va a dejar caer porque está atento, atento a la vida que se le confía, y...

EL. ¡Cállese! ¡Cállese! ¡Cállese! ¡Yo, yo me descuidé! Me descuidé por vanidad, por sobreestimación de mi destreza en el trapecio. Me descuidé por superficial a irresponsable. ¡Me descuidé por sobrevalorarme! ¡No aprendí del error de otro trapecista! ¡No hubo tal error de otro! ¡Fui yo! ¡Yo, el incomparable caballero de las nubes! ¡Yo, el dueño absoluto de las alturas! ¡Yo, el rey del trapecio! ¡Yo, el todopoderoso, con derecho a jugar con el destino de mi compañero sobre el trapecio!

ELLA. ¿Qué ocurrió? (Pausa). Aquí... me han dicho que aquí... sé que aquí no se permite trabajar en los trapecios sin malla de protección.

EL. ¡Efectivamente! (Pausa). ¡Cayó sobre la malla!

ELLA. ¿Y entonces?

EL. Actuábamos a la altura máxima. (Pausa). No me lo va a creer. Es como para morirse de risa ante tal burla. O enloquecer ante ta

mala suerte. Murio de la impresión de la caída. De la sorpresa. ¡Yo nunca lo había dejado caer en los ensayos!

ELLA.

Lo siento. Créame, lo siento.

EL.

Los peritos dictaminaron que yo no era responsable. Los jueces decidieron que yo no era responsable. Los familiares estimaron que yo no era responsable. ¡Todos en el circo dijeron que yo no era responsable! Yo callé. Dejé que los demás hablaran por mí. ¡Sólo yo sé que sí! ¡Que fue mi culpa! Pero callé, porque por esos días, en este hospital, presentí que no me quedaba mucho tiempo de vida. Yo...

ELLA.

Si todos coincidieron en que usted no era responsable, ¿por qué van a ser ellos los equivocados y no usted?

EL.

Porque yo sé lo que me distrajo en ese segundo.

ELLA.

¿Qué?

EL.

Porque yo sé lo que me andaba por dentro cuando no logré asirlo.

ELLA.

¿Qué?

EL.

Porque yo sé el pensamiento que me asaltó al iluminarme el reflector.

ELLA.

¡¿Qué?!

EL.

Si se olvidarían allá abajo, los del público, de mi lamentable figura, y me admirarían arriba: ¡Flexible y sereno! ¡Armonioso y experto encima del trapecio!

ELLA.

No es posible. (Pausa). Usted me recuerda lo peor... de mí.

EL.

Ya ve, la decepcioné. Tanto soñar con tropezarse un trapecista, ¡Y venir a tropezarse conmigo!

ELLA.

No...

EL.

La decepcioné como trapecista...

ELLA.

No...

EL.

... y como ser humano.

ELLA.

No. (Pausa). No me ha decepcionado. (Pausa). Le dije que sí, que algo han tenido que ver los trapecios en mi vida. Yo también fui una niña poco elegante. Puede suponerlo por la muestra. Tampoco ahora soy hermosa, ni siquiera atractiva... A los varones, al menos en la infancia, eso se les perdona. A las niñas no. Todavía no. A las niñas no se les perdona la fealdad. A las adolescentes, mucho menos. Así que me deslumbré con el primer trapecio que tropecé de cerca en mi vida... y terminé como fisioterapeuta colándole nuevas alas a los demás. (Pausa). Me deslumbré con el trapecio y de inmediato tuve la convicción de que nunca sería trapecista, porque una mujer trapecista debe ser bella. Como mínimo, atractiva. Ocurrió la noche anterior al accidente. Me deslumbré con el trapecio a los quince años, cuando como regalo asistí al circo. Al otro día en la mañana, hablaba del circo a mi amiga; le hablaba de los trapecistas y del trapecio con todo el fuego de la adolescencia, y atrapé a mi amiga en la magia del trapecio, quedé yo misma atrapada, y no vimos el carro. Cuando salté hacia atrás, cuando salté y no atiné a tirar del brazo de mi amiga para que eludiera conmigo el carro, en ese instante, sólo pensaba, sólo pensé, sólo he pensado, sólo pienso: ¡Aún más fea! Si me daba el carro quedaría, ¡si me da el carro quedaré aún más fea!

EL.

¡No es posible!

ELLA.

Eso dije yo cuando usted me contó. Eso me he dicho yo a mí misma durante todos estos años. (Pausa). Eso me digo cada vez que veo a alguien comenzar a andar de nuevo, y la sonrisa de triunfo se me borra ante el recuerdo de mi amiga inválida. (Pau-

sa). Un sillón de ruedas columpiándose de un extremo a otro de la carpa. (Pausa). Me digo: No es posible. ¡No es posible! ¡Me lo he inventado! ¡Simplemente me fallaron los reflejos! ¡No tuve tiempo! (Pausa). ¡Usted sabe! ¡Usted sabe lo que es la fealdad! (Pausa). Nadie me ha amado.

EL.

Yo...

ELLA.

Nadie me ha amado nunca.

EL.

Yo... yo...

ELLA.

Tengo tanto amor... dentro.

EL.

Yo... podría...

ELLA.

Usted... ¿podría?

EL.

Yo siento que usted es... para mí... una posibilidad de amor.

ELLA.

¿Podría? ¿Realmente podría soñar conmigo sin asustarse?

EL.

Podría.

ELLA.

¿Podría ilusionarse conmigo tal como soy?

EL.

Podría.

ELLA.

¿Podría... tocarme?

EL.

¡Puedo! (Pausa). ¿Y acaso usted podría enamorarse de este feo trapecista?

ELLA.

¡Podría! (Pausa). Puedo.

EL.

No. Olvídelo. La puerta de la consulta debe estar al abrirse. Una enfermera me llamará. Será una mujer como usted, inalcanzable como usted. Usted está sana. ¡Olvídelo! (Pausa). Dada mi insistencia y por no tener familia en la ciudad, hoy el doctor prometió decirme cuánto más o menos puede quedarme de vida. (Pausa). Yo ya no soy un ser humano. En el fondo, todos, aunque no se lo propongan, aunque no lo deseen, me rechazan. Yo ya sólo soy un enfermo incurable. Pertenezco a la muerte.

ELLA.

¡Le mentí! La gente que trabaja en los hospitales a veces también miente y también... Son los resultados de unas investigaciones que me hicieron a mí, las que vengo a buscar. No hay tal amiga grave y pronta a morir. La gente que trabaja en los hospitales a veces también... se enferma, y a veces... muere... joven.

EL.

¿Por qué me mintió? (Pausa). ¿Por qué me mentiste?

ELLA.

Porque aunque hagan esfuerzos por no aparentarlo, todos me tratan con lástima. Porque algunos hasta comparan e impensadamente se alegran de no ser los elegidos. Porque tengo atención médica, ¡claro!, y he encontrado solidaridad humana, por supuesto, vivimos en este país, nosotros somos seres solidarios, ¡pero necesito más! ¡Tal vez necesito una, más cercana que las otras! Le mentí porque... (Pausa). Te mentí porque me pareciste ingenioso con aquello de que siempre llegas el último y no alcanzas jamás con caramelo. Me pareciste lleno de vida y no quise que me trataras como a una enferma.

EL.

Si llegamos a amarnos... no vamos a estar juntos demasiado. No va a ser por mucho tiempo.

ELLA.

Ya lo sé. (Pausa). Lo importante... ¡lo importante es que va a ser!

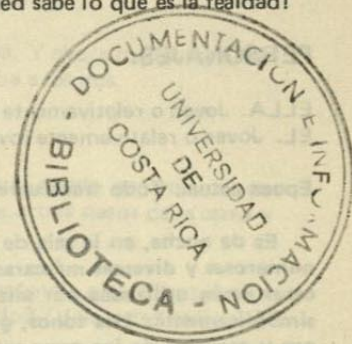
Se abre la puerta del consultorio. Se escucha:

ENFERMERA.

(Desde el interior). El próximo paciente, por favor.

EL Y ELLA se miran. Se toman de la mano. Entran los dos como uno solo al consultorio.

ESCENA 15



MASCARAS PARA DOS DESCONOCIDOS

Francisco Garzón Céspedes

PERSONAJES.

ELLA. Joven o relativamente joven. Fea.

EL. Joven o relativamente joven. Feo.

Epoca actual. Todo transcurre aproximadamente durante una hora.

Es de noche, en la sala de una casa. Se destaca una colección de numerosas y diversas máscaras, de las usadas en el teatro. Estas máscaras serán utilizadas por ella y por él para expresarse realista y/o simbólicamente. Los tonos, gestos, movimientos y demás expresiones y acciones de los personajes dependen de los diálogos. Estos, en sí mismos, contienen las sugerencias necesarias.

Ella y él hablan.

ELLA.

Es decir, que le parece insólito que haya parado el carro frente a usted y me ofreciera a llevarlo.

EL.

No tan insólito, como tan desacostumbrado.

ELLA.

¿Sintió miedo?

EL.

¡Terror! (Pausa). ¿Qué puedo perder? (Pausa). ¿Por qué lo hizo?

ELLA.

Ya le dije durante el camino, ¿no? Comenzaba a llover, usted se hallaba solo en aquella parada de autobús. Sin casa o árbol donde refugiarse... Solidaridad humana.

EL.

¿Solidaridad humana? Pudiera ser. Pero no es común que los dueños de carros recojan desconocidos a lo largo de la ruta. Ni siquiera cuando llueve. Y mucho menos, "las dueñas". ¿Es suyo el carro?

ELLA.

Sí. Soy doctora en medicina.

EL.

¿Medicina general?

ELLA.

No, especialista.

EL.

¡Ah! Psicóloga entonces.

ELLA.

¿Y por qué psicóloga?

EL.

Por asumir lo desacostumbrado.

ELLA.

Hay psicólogas muy convencionales.

EL.

Y otras que no, como usted.

ELLA.

Falló el blanco. Soy neuróloga. ¿Y usted?

EL.

Periodista. Un simple periodista.

ELLA.

¿Por eso pregunta tanto?

EL.

Quizás. ¿A su juicio pregunto demasiado?

ELLA.

¿Por eso es tan escéptico? Y pregunta y pregunta lo mismo de maneras diferentes... Supongo que también por eso no acepta como válidas las primeras respuestas que recibe.

EL.

No soy escéptico. No mucho. (Pausa). ¿Por qué no me dice la verdad? ¿Usó alguna de esas máscaras para salir esta noche a la calle? ¿Se decidirá a quitársela y me mostrará el rostro?

ELLA.

¿No le parece bastante mi propia máscara? (Pausa). Un segundo... ¿Y si tengo puesta otra máscara y no lo sé? Veamos. Pro-

baré a quitármela. Por el cuello. ¡No! por las orejas... ¡Tampoco! Por el pelo... Quién duda que sea una máscara tan completa que incluya cabellos falsos. ¡Pues tampoco! (Pausa). No le he mentado. Le doy mi palabra.

EL.

De acuerdo. Acepto que no me ha mentado. Convengo con usted que lo que me ha dicho es verdad... aunque no toda la verdad. ¿Por qué no me dice el resto? Si únicamente me recogió por solidaridad humana, casual, pasajera, sin más acá o más allá, ¿qué hacemos usted y yo en su casa? ¿O además de recoger desconocidos bajo la lluvia, acostumbra invitarlos a que le hagan la visita?

ELLA.

Es la primera vez. (Pausa). Ya le dije. La lluvia comenzaba a mojarlo. ¿No recuerda cómo tenía el pelo hace unos instantes? Me pareció que sentía frío. Estaba usted en aquella parada encojido como un perro bajo el agua.

EL.

¿Salchicha? ¿Fox terrier? ¿Pekínés? ¿O un perro mudo? No recuerdo haber ladrado. (Pausa). Mi debilidad son las comparaciones. Experimento un placer único cuando me comparan... ¿Así que acostumbra a recoger perros desconocidos y luego los alberga en su casa?

ELLA.

No fue mi intención ofenderlo. (Pausa). En cuanto a lo de albergar desconocidos, ya le dije, como nos encontramos cerca de mi casa decidí hacerle el favor completo. Y se lo hice, ¿no? Le presté una toalla, se secó el pelo, y acabamos de tomar café. (Pausa). Como ha resultado tan... suspicaz, para que se convenza de que no existieron ni existen dobles intenciones, puede marcharse. Ya habrá escampado y la parada del autobús está en la esquina. Mi casa se encuentra a la mitad de la ruta que me dijo llevaba. Ni siquiera mi solidaridad lo desvió de su camino.

EL.

¡No se moleste! ¿Cree que no le agradezco? ¡por supuesto que sí! Si me quedaba en la parada un minuto más ahora estaría ensoñado como... un perro lanzado al mar. Me sentía desamparado. Y usted apareció como una hada. De las buenas. O como una virgen. Yo me dije: un acto de magia o un milagro. Pero para la magia y los milagros sí soy un tanto escéptico. Me dije entonces: una broma... cuando me aproxime, cuando vaya a abrir la puerta del carro, en ese instante arranca aceleradamente y se aleja. O una confusión. O sueño. Y di una patada contra el suelo para convencerme de que no dormía... Así que le agradezco. Todo. Hasta la última gota de café.

ELLA.

Pero...

EL.

Pero intuyo que todo eso no es más que una parte de la verdad.

ELLA.

Tercero... e inusual.

EL.

¿Insólito yo?

ELLA.

Desacostumbrado, para utilizar su expresión. Habla y habla. Si piensa que hubo un trasfondo por qué no se comporta como... los otros.

EL.

¿Qué máscara sugiere que me ponga? ¿La del lobo teroz? (Pausa). No, no la veo a usted en el papel de la Caperucita. (Pausa). ¿La de Jack, el Destripador? (Pausa). No la concibo como víctima indefensa. (Pausa). ¿La del príncipe de la Bella Durmiente? (Pausa). No lograría despertarla de un encantamiento que no existe. Y además, yo desentonaría si pretendiera encarnar un hermoso príncipe. Uno tiene que conocer sus posibilidades y no sobrealzarse.

ELLA.

He dicho... como los otros. Como los hombres comunes y corrientes. No como los personajes de los cuentos o como un destripador enloquecido. Como... los otros.

EL.

Es decir, me le acerco y la abrazo sin más ni más. (Pausa). ¡NO retroceda! Es un simulacro. Porque yo sé que si de veras en este momento trato de acercármele, usted me botaría a cajas destempladas. Algo no funcionó: yo hablé en exceso y usted se comprometió con sus negativas de que hubiera habido un tras-

fondo y con su historia de la "solidaridad humana". Así que a estas alturas cualquier intento mío recibiría un rechazo. Y con que usted alce la voz y pida ayuda vienen sus dos vecinos y me echan a patadas. ¿O acaso no advertí la presencia de los dos "levantadores de pesas" que viven pared por medio? Estaban a la puerta, los saludó al entrar. Con su profesión de neuróloga, les diría que soy un paciente y que padezco un tumor en el cerebro que me provoca repentinas crisis de agresividad.

ELLA.
¡Vaya imaginación! Debe ser escritor y no periodista.

EL.
Periodista, es suficiente. Humilde en lo social, pero a nivel de uno como ser humano se paga un elevado precio por serlo. El periodista no necesita tal vez de excesiva imaginación... sí de una dosis considerable de intuición y de conocimiento de los seres humanos. Y este es un aprendizaje doloroso. (Pausa). Usted me recogió por esas razones que ha dicho y por otras que no ha dicho.

ELLA.
De nuevo su fijación... con la máscara posible. En el fondo usted sí piensa que salí a la calle con la máscara de... ¡Cenicienta! (Pausa). Y dado que son otros tiempos, en un carro en vez de en una calabaza vuelta carroza, y decidida... ¡decidida a conquistar un príncipe! (Pausa). Pero la historia no es así. Cuando Cenicienta lo conoció, el príncipe no parecía un espantapájaros bajo el agua... ni se fabrican en la actualidad zapatos de cristal. (Pausa). ¡Y lo envenené con un poco de café! El sabor del café oculta al paladar cualquier veneno. Dentro de unos segundos empezará a ponerse rígido, yo lo despojaré de los cofres donde transporta su tesoro y... (Pausa). ¡No! Lucrecia Borgia no. Salta a la vista que usted no lleva consigo un botón codiciable.

EL.
Acertó. No hay botón alguno. Ya no. (Pausa). ¡Búrlese! ¡Está en su derecho! Para no pensar mal de usted creeré que es un modo de defenderse. De mantener cerradas las puertas... del corazón. (Pausa). Son esas razones que no ha dicho, las que la impulsaron a traerme a su casa y diría que... a ponerme a prueba.

ELLA.
¿A prueba?

EL.
¿O no es a mí, sino a usted misma a quien pone a prueba?

ELLA.
Y con mi actitud hacia usted, ¿qué pondría a prueba ante mí misma? ¿Mi generosidad? ¿Mi valor?

EL.
Su dominio de una situación embarazosa... desacostumbrada.

ELLA.
¿No considera que mi profesión está llena de situaciones delicadas, tensas, complejas? Y en cuanto a la solidaridad humana o el valor, también mi profesión me da numerosas oportunidades de demostrarme que no los he perdido, que los tengo.

EL.
Retrocedo... por el momento. (Pausa). Insisto entonces en que es a mí a quien eligió como conejo de laboratorio para ponerme a prueba. ¿Cómo le agradan los conejos? ¿De pelo blanco? Puedo teñirme el pelo. Por complacería desecho mis prejuicios. (Pausa). ¿Saltarines? Fui campeón universitario en salto corto. No me he olvidado de saltar. Deme una orden, seré un obediente conejo saltarín.

ELLA.
Usted no es un conejo, ¡sino un bufón!

EL.
Usted manda, mi reina. ¿Un bufón contrahecho? (Pausa). ¿Un enano bufón?

ELLA.
¡Le ordeno que deje de nacer idioteces!

EL.
Siempre supe que a usted le gustaba ordenar. Desde que me abrió la puerta del carro. ¿Es por algún antepasado autócrata o porque acostumbra domar leones? ¿No soy un pequeño conejo, porque eso no resultaría excitante, sino un fiero león que dominará a punta de látigo? Sé rugir, se lo garantizo, en una época hice teatro, ¡no la defraudaré! ¡Tendrá su león!

ELLA.
¡Y usted tendrá el golpe del látigo! (Pausa). Mi profesión... No es fácil mi profesión. Significa atender a los seres humanos, muchas

veces en ocasiones extremas, y la vida los pone cotidianamente a prueba delante de mis ojos. Lamento que usted y yo nos agradeamos. ¿Para que necesitaría yo recoger un desconocido si de poner a prueba un ser humano se tratara?

EL.
Y sin embargo, me ha puesto a prueba. Y ahora intuyo que más que eso, ha intentado ponernos a prueba a los dos.

ELLA.
¿Esta noche?

EL.
Esta noche. ¿Y si decidió probarse que puede controlar su sexualidad teniendo a mano un hombre a tres pasos de la cama y no usándolo?

ELLA.
¿Se siente un objeto sexual? ¿Una mercancía que el comprador usa o no? ¿Cuánto gasté para adquirirlo? ¿Vale usted tan poco? (Pausa). Es preferible que se marche.

EL.
¿Y si desea probarse que puede controlar los impulsos de su soledad al borde... del abismo? Eso no tiene relación con una consulta de neurología.

ELLA.
Sí... No es lógico que desperdicie su tiempo. Un periodista es un hombre muy ocupado. Ni quedó café. ¡Márchese!

EL.
No. No voy a marcharme. No voy a marcharme mientras no alcance el convencimiento de que me ha contado toda la verdad. Y tampoco voy a proporcionarle motivos para que dé cuatro gritos y llame a los forzudos de al lado. Hasta voy a hablar más...

ELLA.
No es aconsejable para la comunicación. Decidido a quedarse, prefiero oírlo bien. ¿Seguro que no es escritor? ¿O es usted el que estudió psicología?

EL.
¿Los psicólogos actuales incorporan monóculos?

ELLA.
Cualquier cosa con tal de que no haga una vez más el bufón. ¿Es una tara hereditaria? ¿O acerté en lo de que estudió psicología y es una estratagema, en fin, un método clínico?

EL.
Escápese por la tangente. Será una escapatoria momentánea y de palabras, porque tengo decidido no marcharme hasta saber.

ELLA.
¿Es de tanta importancia para usted?

EL.
¿Para mí? No. Es importante para usted. Y que me lo cuente ya es algo de lo que yo puedo hacer por usted.

ELLA.
¿Por qué tan solidario?

EL.
Yo no le menté cuando le dije que me sentía terriblemente desamparado bajo la lluvia. Sea por lo que sea, usted me brindó el refugio de su carro primero y de su casa después. (Pausa). Todavía siento frío. Mire hacia afuera, no escampó totalmente, queda una llovizna muy fina. ¿O luego de brindarme protección me va a arrojar a la inclemencia del tiempo y a... la soledad de una noche que recién comienza?

ELLA.
Si asume ese papel de víctima, decididamente no. no lo obligaré a marcharse... de inmediato.

EL.
Hablábamos de lo que yo puedo hacer por usted en pago.

ELLA.
Hablaba usted. ¡No hago favores para que me los paguen! Los nombres, por lo visto, no aceptan favores de las mujeres, así, sin más vueltas. Sienten enseguida el impulso de pagarlos.

EL.
¿Fue un favor? ¿Un inocente favor? (Pausa). Todo favor tiene un precio.

ELLA.
¿Está convencido?

EL.
Por carácter transitivo. Parto de que todo, absolutamente todo en la vida tiene un precio.

ELLA.
Sí... y no.

- EL.
¿Cómo?
- ELLA.
Depende de cuál precio usted hable. Y si es un precio que el que hizo el favor exige... o de si es un precio que el favorecido, simplemente por aceptar el favor, de hecho paga.
- EL.
Usted juega con las palabras. Acepto que su juego es sabio. Y que tiene razón en lo enredado que es este asunto del precio.
- ELLA.
Deseo aclarar que yo no exijo pago alguno. Y que si usted siente que pagó o paga un precio por el favor que le hice, que aún le hago, es su problema.
- EL.
Un problema cuyo origen está en usted.
- ELLA.
¿En mí?
- EL.
Sí. No puede desconocer que su actitud tiene para mí el precio de la curiosidad. Mi curiosidad. Del desconcierto. Mi desconcierto. De la necesidad. Mi necesidad, incluso, de ser igualmente solidario sirviéndola de algún modo. Y ese modo, sé, no me pregunte por qué o cómo lo sé, sé que depende de que usted me diga toda la verdad y no una parte de ella.
- ELLA.
Usted gana. Veamos si comprende. Hasta dónde le alcanza la solidaridad. (Pausa). Lo recogí porque me angustió que se mojara. Lo recogí porque si ya fuéramos todo lo bueno que debiéramos, recogerlo era la actitud correcta. Y lo recogí porque me sentía sola y era una posibilidad de un rato de compañía. No reflexioné demasiado. No tuve tiempo. Lo ví y frené. Quizás pensé que todo sería mucho menos serio, que la conversación no sería tan... trascendente.
- EL.
La he decepcionado. Buscaba un imbécil para que le hiciera compañía por un rato y yo la obligué a hablar de solidaridad humana.
- ELLA.
No es eso...
- EL.
Sí, sí es eso. Alguien que aceptara sin mayores complicaciones el carro, la invitación a la casa, el café... que no preguntara demasiado, que conversara de la última película de estreno, del nuevo programa de televisión, que admirara el tocadiscos y pidiera escuchar tal o más cual disco, que sugiriera tomarse un trago para eliminar la frialdad de la lluvia. Y comentario intrascendente va, disco suena y trago viene, los dos juntos a la cama. El usa su carro, su toalla y su café, y usted lo usa a él. Todo por unas horas y sin complicaciones. Ya entendí... El imbécil le agradece, pero se larga.
- ELLA.
No se marcha. Supongamos que es como usted dice. Después de ser tan... profundo, no se pregunta el por qué.
- EL.
¿Es una nueva máscara? ¿Cuál? (Pausa). Aceptado. Dígame el por qué. Dígame, ¿por qué deseaba acostarse con cualquiera?
- ELLA.
No con cualquiera. En las paradas de autobús anteriores también había hombres mojándose bajo la lluvia. Esa avenida no tiene casetas y está casi despoblada. Así que no con cualquiera, sino con usted.
- EL.
No me va a decir que me conocía. En mi vida la he visto. Ni que me ha amado de lejos y en secreto, esperando la oportunidad de encontrarme a solas para declararseme. Ni que soy tan apuesto que logro que las mujeres detengan sus carros sólo de verme. Tengo espejos en mi casa.
- ELLA.
¿Y se mira por dentro? (Pausa). Me pareció... bueno... y cercano, conocido, qué sé yo, fueron segundos.
- EL.
De una mirada.
- ELLA.
De una rápida mirada.
- EL.
Y como la avenida llegaba a su fin, y en la siguiente avenida las paradas de autobús sí tienen caseta, y además resulta ser una zona muy poblada, y habría no un hombre solitario, sino decenas de hombres y mujeres, y no funcionaría el pretexto, pensó: Recojó éste, que con esa cara de idiota no preguntará demasiado lo uso, y si te he visto no me acuerdo.
- ELLA.
Se olvidó nuevamente del por qué.
- EL.
¿Se lo pregunté! ¿Por qué?
- ELLA.
Contradictorio... Si le digo el por qué pierdo mi última oportunidad, y tal como andan las cosas, si no se lo digo, no tengo con usted posibilidad alguna.
- EL.
Escóndase tras una de sus máscaras. (Pausa). Su por qué no debe ser muy... decoroso, cuando piensa que al decirlo pierde su última posibilidad conmigo. Mire, no soy el casto José, pero no me gusta que decidan usarme así como así.
- ELLA.
¿Tiene usted siempre que elegir? ¿No puede soportar que alguien lo elija? O para ser mas exacta: ¿No puede soportar que una mujer lo elija? ¿Es menos hombre por eso?
- EL.
¿Y usted siempre elige? ¿Sale a la calle con el carro a elegir hombres? ¿No puede esperar a ser elegida?, como se acostumbra. ¿Eres menos mujer por eso?
- ELLA.
¿Y si a la espera de lo que se acostumbra no resuelvo mi problema? ¿Debo esperar y esperar y esperar porque soy mujer y sólo eso me corresponde? (Pausa) Estoy sola...
- EL.
Eso se ve.
- ELLA.
¿Y si ya no tuviera tiempo para plantearme una relación estable? O digamos: ¿Y si sintiera que no tengo posibilidad de encontrar una relación estable? (Pausa). Y estoy desesperadamente sola. Con toda esta casa como una única e inmensa máscara que se burla de mí cada vez que entro por la puerta. Una máscara enorme formada por todas esas máscaras que saltan de las paredes y giran en torno mío, y me sacan la lengua, me guiñan los ojos, se ríen y susurran, para que nadie más que yo las oiga, susurran: Siempre llegas sin compañía. ¡Siempre sin compañía! ¡Sin compañía!
- EL.
¿No tiene tiempo para una relación estable? ¿Por su profesión? ¿Por su edad? Ridículo. Al estudiar la carrera, los futuros neurólogos no hacen votos de permanecer solteros. ¿O es una condición impuesta a las neurólogas?
- ELLA.
Hablé de posibilidad primero, y luego de tiempo. Usted sólo me lo del tiempo. ¡Admitido! ¿No puede aceptar llanamente que no tengo tiempo, sin insistir en complicarlo todo?
- EL.
¡No! Es absurda esa hipótesis del tiempo.
- ELLA.
¿Y si no es una hipótesis? ¿Si es más que eso?
- EL.
¿Más que eso? Ha logrado demostrar una teoría al respecto. ¡Cómo no supuse que era uno de sus aportes científicos! ¿Y qué título eligió para esa contribución suya al mundo de las ciencias?
- ELLA.
Voy a morir.
- EL.
Voy a... ¿A morir?
- ELLA.
No tengo posibilidad alguna. Tanto si me operan, como si no.
- EL.
¿A morir? (Pausa). ¿Se lo han dicho?
- ELLA.
No. No me lo han dicho. Me... lo han negado. Pero yo lo sé.
- EL.
¿Está segura? (Pausa). ¿No es otra de sus máscaras?

ELLA. ¿Si le digo que estoy segura se acostaría conmigo? (Pausa). Estoy segura.

EL. Yo...

ELLA. ¡No! ¡No se excuse! Es mi culpa. De repente elegí demasiado bien.

EL. ¡Demasiado bien! ¡Elegió demasiado mal!

ELLA. Al respetarse como ser humano, al darse cuenta que todo no era tan superficial, me ha respetado también a mí, humanamente. (Pausa). ¿O no se trata de respeto humano, sino de elegir o ser elegido? ¿O se trata de su hombría supuestamente vulnerada?

EL. Elegió mal. (Pausa). Yo me marché y sigue siendo temprano en la noche. Aún llueve y puede encontrar... a otro.

ELLA. Ya no deseo a otro. Sino a usted. (Pausa). A usted.

EL. No soy yo. Se lo aseguro.

ELLA. ¡... enfermedad no es contagiosa. Ni visible...

EL. ¡Cállese! No diga ni una palabra más. ¡Me marché!

ELLA. Esa es su solidaridad humana. Retroceder espantado, salir huyendo, ante la presencia de... la muerte. ¡Usted es detestable!

EL. No está enferma. ¡Tal vez se coloca la máscara de la Dama de las Camelias u otra similar! Aguardo que empiece a toser de un instante a otro. (Pausa). ¡No es por su enfermedad!

ELLA. ¿Por qué entonces? ¿Nunca se ha acostado con una mujer a la hora de haberla conocido? ¿Siempre requiere de un expediente previo? ¿En cada caso ha investigado el pasado y pedido informes de buena conducta y antecedentes penales? ¿Teme que alguna maniática sexual lo castre?

EL. ¿Si le dijera que usted sí está a tiempo? ¿Si le dijera que está mucho más a tiempo que yo?

ELLA. ¿O es que le resulto demasiado fea? (Pausa). ¡No, no lo diga! NO quiero oírlo. No quiero oírlo... a las puertas de la muerte. Ya sé que no soy atractiva. Mi propia familia primero: "Fea fea, no algo..." Los vecinos después: "Si al menos tuviera los ojos bonitos". Los condiscípulos más tardes: "Ni cara, ni..." Y los hombres en general desde que entré en la adolescencia, los hombres que se comían a otras con los ojos, mientras que si cruzaba yo, era como si cruzara la nada. Todos me han hecho sentir que soy fea. (Pausa) Podemos apagar la luz. Podemos... ¡Entiendal usted es una presencia humana en medio del... desierto. ¡Si lo desea me pondré la más hermosa de las máscaras! ¡Si lo desea! (Pausa). No hay posibilidad. ¡Márchese!

EL. No entiende. No entiende. ¡No entiende! Cualquier ser humano es atractivo para... para un porcentaje de la humanidad. Y no existe un ser humano que sea atractivo para todos los otros sin excepciones. No ha buscado dentro del porcentaje que la corresponde. Eso es lo que le ha ocurrido. ¡Quítese lo demás de la cabeza! ¡Y no mienta! ¡No juegue con la muerte para conseguir sus propósitos!

ELLA. Así que me recomienda buscar... Buscar se acerca a elegir... (Pausa). ¿De cuál de las muertes habla? (Pausa). ¿Usted no está dentro del porcentaje que me toca?

EL. Y si le repitiera, si le asegurara que se halla más a tiempo que yo. (Pausa). ¿Qué le cuento? Viajé como periodista, recientemente... al exterior, a una zona de guerra, y...

ELLA. Recientemente... (Pausa). Recientemente vi su foto en una revista. ¡Claro! Por ello me parecía conocido. ¿Era usted? La revista hablaba de sus reportajes, de su valor, de que había sido herido por la metralla... ¿Era usted?

EL. Era yo hablé

ELLA. ¡Tan tonta! Queriendo que usted se fijara en mí. ¡Si debe tener docenas de mujeres corriéndole detrás!

EL. Si le contara lo que la revista no dijo...

ELLA. ¿Qué no dijo la revista?

EL. ¡Olvídelo! Un cuento de tontos.

ELLA. ¡Quítese su máscara!

EL. ¡Olvídelo! ¡Olvídelo! Dura demasiado esta partida.

ELLA. No voy a olvidar. ¡El tiempo que tengo no voy a usarlo en olvidar!

EL. Si resulta que... lo que la revista no dijo... es que a causa de las heridas quedé impotente.

ELLA. No. No.

EL. Como usted yo necesito compañía ¿Dormiría si le afirmo que quedé impotente?

ELLA. ¡No es cierto! ¡Lo inventó! Se aprovecha... ¡Es un maldito...! (Pausa). Discúlpeme.

EL. Discúlpeme usted. No debí haber aceptado montar el carro y menos venir hasta su casa. No debí propiciar el ser elegido si no... estaba dispuesto a aceptarlo. Si... no estaba en condiciones de... Pero usted para mí es atractiva... y yo también me sentía solo. Ya ve, quizás sí un perro. Quizás el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

ELLA. Lo siento. Lamento todo esto.

EL. No. No lo siento. Todo tiene su precio.

ELLA. La verdad tiene su precio.

EL. También la mentira. El precio de la verdad no es tan alto. No tan alto al menos como el de la mentira. El precio de la mentira es la mentira.

ELLA. Todo tiene su precio.

EL. No me diga ni una palabra más...

ELLA. No es cierto que usted esté impotente.

EL. Usted verá. O no verá. Lo que yo diga ya no cuenta. Ahora cuenta el tiempo. El tiempo por venir. Usted deberá pagar por la verdad y... por la mentira. (Pausa). No es cierto que usted va a morir.

ELLA. Usted verá. De nosotros dos: ¿Quién elige a quién? El que elige: ¿Qué es lo que elige? (Pausa). Creo que donaré todas esas máscaras a un teatro. (Pausa). ¿Sabe? Usted no va a irse. No va a irse ahora que lo he encontrado.

EL. No. Yo no voy a irme. Yo no voy a irme ahora que la he encontrado.